

El Anfitrión de la Hoguera

Eduardo

Image not found.

Capítulo 1

Recuerdo un día, era verano y el sol acariciaba nuestro rostro, la temperatura era perfecta y ninguna nube amenazaba desde el horizonte; nuestro hermano nos llevó al río que hay a las afueras del pueblo, cruzando el puente romano, atravesando el bosque de abetos. Nos divertíamos conversando sobre temas infantiles y acabábamos la conversación al final del trayecto. Entonces vestíamos nuestro cuerpo de aire y saltábamos desde la pequeña catarata creada por la fuerte pendiente. La altura apenas superaba los cinco metros, y, la profundidad, aunque desconocida, era segura. Transcurría apacible la tarde, haciéndose visible el ocaso desde nuestra acampada. Podía sentirse sin verlo, el calor se desprendía de las rocas, transmitiéndonos aquella forma de energía. Nadie nos esperaba a la vuelta; éramos dueños de nuestros actos.

A la noche aspirábamos del campo su esencia, y nos deleitaba el mismo con su orquesta de grillos; solo grillos se oían; por más que quiero recordar otros sonidos, o incluirlos por adición, solo ellos cantaban. Puede que, siendo imaginativo, un pequeño pájaro despistado piara sin ser visto. A veces nada agradable y perturbador —hay que decir, al menos bien entrada la noche—, pero no era lo común. Nos acostábamos formando un triángulo y observábamos el cielo convertido en luciérnagas. Aquel no era como los cielos “estrellados” de ahora: pobres; en los que la cosecha de estrellas parece escasear; en los que estas pueden contarse con los dedos de una mano. No interesaría, pues, mucho a Abraham, que Dios le prometiera tal descendencia, no. Aquello era en verdad el campo donde alguien cultivaba sus estrellas. E incluso, siendo perseverante, entrado el mes de agosto, uno podía verlas caer, como quien acierta fortunado con la mirada la caída de una madura manzana de su árbol.

Ávido lector mi hermano, su cabeza contenía el saber de los libros que adquiriría con la paga, trabajando para el señor Lozano, el Cuco le decían a este señor, porque no salía de su casa, cada hora, más que para estirar las piernas unos minutos, y regresar a dentro hasta la siguiente. Era un escritor medio famoso típico alcoholizado que se portaba bien con mi hermano; era quien le conseguía aquellos magníficos libros que tanto le interesaban. »Los Sioux«, nos contaba, cuando la tarde caía, y el fuego que había encendido crepitaba, «los sioux bebían mucha agua antes de acostarse»; y nos hacía la pregunta, «¿sabéis para qué?» Sin esperar respuesta se contestaba él solo. Pero que no os engañe la interpretación, atendíamos curiosos cada palabra que silbaban sus labios. «Antiguamente», decía, «no había despertadores. De modo que, si tenían que madrugar, para ir de caza temprano o para aprovechar el día en su totalidad, las ganas de ir a hacer pis les despertaba tan intensamente...», y aquí comenzaba a alzar la voz, y nosotros reíamos antes incluso de llegar al final «...acababa tan llena su vejiga, itan a punto de reventar!, que corrían a orinar para no hacerse pis encima». Nosotros reíamos en

una explosión de carcajadas, acompañados de la suya, más grave. Era un gran cuento mi hermano, y nosotros niños.

Nos contaba infinidad de relatos. Y aunque parecía inventarlos para nosotros, podíamos leerlos en sus libros, que pasaban a nuestras manos cuando él los sabía de memoria. Podía leer las estrellas de una sola pasada, reconocer el aroma de cualquier planta silvestre que arrastraba el viento, rastrear una liebre en mitad de la nada o, a lo mejor, encontrar comida silvestre en donde uno solo esperaría encontrar otra vez nada más que hierva. Todo aquello lo aprendía de sus libros.

Y aún con todo esto —con todo lo que de las historias aprendía—, era como quien aprendía derecha e izquierda y, sin embargo, confundía la una con la otra; parecía haber nacido con su brújula interna desorientada, tenía el norte en el sur y el sur en el este. Esto no le desmotivaba. A menudo lograba su objetivo, era perseverante. Se sentía orgulloso de haber conseguido reproducir con buen éxito aquello que describían sus libros: trampas para animales, formas de encender un fuego, rastrear la presa hasta su escondite... Una de las personas más optimistas que conocí y he conocido.

Seguíamos creciendo. Mi hermano ya era todo un hombre, pero seguían fuertes sus emociones de volver a aquel paraíso en la tierra. Allí, decía, seguiría siempre nuestra alma de niños, aguardándonos para volver a enriquecernos; para vestirnos de aire, sin pudor, y nadar en el río, y volver a ver caer la tarde, y que nos contara sus historias; ya no las de otros, ni las de los libros, las suyas propias. Las que había vivido en Oriente u Occidente; los relatos de sus aventuras en susurros de palabras... Y aquellos viajes traían consigo un nuevo hombre, una nueva persona, alguien diferente. No obligadamente peor. Sino cambiado, a veces preferible. Con otras ideas sobre el mundo, aún optimista —era agradable que siguiera transmitiendo aquello—. A nosotros nos encantaba, en varios sentidos de la palabra.

Una de aquellas noches, mi hermano miró a las estrellas, protagonistas de tantas historias narradas desde su cabeza. Fue la primera muestra de pesimismo que oí de sus labios. Miraba con un brillo en los ojos, y nos dijo: la verdad es difícil de ver en ocasiones. Es como las estrellas del cielo de ahora: sabes que están ahí arriba, pero ya casi cuesta distinguirlas tan fácilmente. Y añadió: ¿oís eso? Negó ligeramente con la cabeza... La orquesta de grillos —y me duele decirlo, pero no me di cuenta de ello—, se había convertido en un solo constante.

Él siempre tuvo una sensibilidad más aguda para aquel sitio; como un sexto sentido.

El cuento desapareció durante años. Se acabaron para nosotros

las escapadas campestres, las noches sin sueños en mitad del todo.

Nuestro hermano pequeño enfermó. Yo solo no podía con aquella carga. Le escribí cartas que volvían al poco por no hallar un correcto destinatario. Pronto fue tarde, y yo desaparecí también de nuestro hogar. Me obligaron a vivir en la ciudad y me dieron una nueva familia. Eran buenas personas, quizá demasiado. No sé qué fue de mí en ocho años; todo pasó muy rápido. Crecí y me independicé, hasta ahí volví a tener conciencia; todo lo anterior eran luces tenues y oscuridad prevaleciente.

Regresé a nuestro hogar. Los vecinos se habían hecho mayores. Una pequeña población de personas maduras habían pasado a ser ancianos que no tenían fuerzas para llegar de la cama al sofá y del sofá a la cama. Me convertí en su asistente, en su jardinero-fontanero, en su niño, en su corresponsal: yo les traía el periódico que, por alguna razón, había dejado de llegar desde hacía tiempo al pequeño pueblo. En definitiva, me convertí en un vecino más. Y mi hermano mayor continuaba sin aparecer.

Un buen día, haciendo de niño en casa del señor Lozano, el Cuco, entré en su habitación para realizar mis labores. Él estaba en la cama, con una botella en el suelo, al lado de esta. Su aspecto era el que más había cambiado de entre todos los vecinos. Aunque no había engordado, estaba más delgado si cabe, y seguía ágil; pero su cara se había arrugado de manera que parecía esta una única y enorme arruga. Realmente pedía mi favor porque era un vago maleante perro holgazán; a pesar de ello ensuciaba bastante para ser una sola persona, y como se encontraba solo, me dio pena. Un curioso detalle era el de que el radio de su zona de trabajo, su mesa de escritorio y el suelo a los lados de su silla, eran un cúmulo de moscas muertas que él mataba a lo largo de su jornada laboral. En su escritorio había una máquina de escribir, con una hoja escrita poco menos de la mitad, con un espacio en blanco de cinco dedos y al final de esta ponía: FIN; no obstante no parecía haber acabado. Me he quedado en blanco, decía. Yo le miraba sin decir nada. Mis ojos observaban su botella, pretendiendo señalar el problema. Él los leyó: si ese fuera el problema, mi sed hacía mucho hubiera quedado saciada, hijo; ¿comprendes? Estaría criando malvas. Me ofrecí prestándole mi ayuda, leer al completo lo escrito y aconsejarle en un final u otro... no rechazó el ofrecimiento. Así comencé a leer la historia.

Trataba sobre un joven de unos treinta años que recorría la tierra de punto cardinal a punto cardinal, averiguando de la vida el extremo que no deja respirar: todas aquellas vicisitudes que el mundo había puesto en su camino, y en el de los demás, buscando el modo de hallar solución a tan horribles problemas. Era grandioso leer la manera en que describía el paisaje, los detalles tan minuciosos; tales, que ponía en duda que no hubieran existido y que él hubiera visitado. Pero eso no era posible. En años —porque le pregunté— nunca había salido del pequeño pueblo, y, sin embargo había ido acrecentando su fama con historias cada vez mejor

narradas, como si la inspiración le llegara de alguna parte; aquel era su secreto. Tenía además cada capítulo la cualidad de hacerle a uno sentir parte de la historia; o al menos conmigo lo logró.

Más adelante, tal fue el sentimiento, que, un pequeño y sutil detalle despertó en mí el recuerdo mi hermano, y durante días mi mente no podía apartarse de aquellas palabras. En esta hoja, la doscientos cuarenta y ocho, había escrito: ...entonces recordaba el anhelo que sentía de un regreso pacificador, pero el miedo de no hallar cuanto hubo después de años me atemoriza en inmensa medida. El no hallar de nuevo sus rostros o que todo no siguiera como siempre; porque ya regresé una vez, y apenas era ya un remedo de nuestro hogar. Por más que pregunté al viejo, despreciaba mis preguntas introduciéndolas en el fichero de las casualidades.

Los días sucesivos trajeron el calor de agosto. Una mañana, como cualquier otra, entré en casa del Cuco. Su correo, dos cartas esparcidas, estaba en el suelo, no siendo habitual. Siempre se molestaba en mover el culo hasta la puerta y recogerlo, guardándolo como oro en paño. Dos cartas, una del banco y otra sorprendentemente, o no tanto, sin remite. Subí al cuarto donde descansaba. Dormía acalorado y rodeado de un par de moscas que no le dejaban descansar en paz, haciendo aspavientos con las manos para apartarlas. Me tenté a abrir el sobre y leer cuanto contenía. Sin embargo no lo hice.

Al día siguiente, continuando con mi rutina, el señor Lozano había acabado los cinco dedos de su novela. Yo no había tenido tiempo para terminarla. Ya no necesitaba mi ayuda, supuse; al menos no para escribir el final; y él lo dejó claro con aquel sueño profundo e imperturbable. La hoja, que había finalizado, seguía en la máquina de escribir. No me acerqué a leer el final. No llegaba a tres líneas lo que había escrito. La carta estaba sobre su escritorio, abierta, desdoblada, tampoco me atreví con ella. Aquel día no limpié las moscas del suelo y tampoco recogí sus botellas vacías. Ese día una fuerza invisible me empujó hasta nuestro paraíso en la tierra.

Caminé como solíamos hacer mis hermanos y yo, sin prisas y fijándonos en todo lo que veíamos e imaginábamos. Hacía años que no pasaba por allí nadie y la maleza impedía el paso por muchas zonas. Casi al final del camino, una vez cruzado el puente romano, tras andar un curvilíneo camino, dentro del bosque de abetos, me despisté un par de veces y me perdí. No iba a poder bañarme temprano en el río y llegar a ver el atardecer. Oscureció. Buscaba en las sombras el camino de regreso al pueblo, pero estaba desorientado. Entre la maleza logré distinguir un punto de luz parpadeante, una luz fría y solitaria, que aumentaba en tamaño con forme me acercaba. Olía a leña quemada, y el humo, que me hizo alzar la mirada observando un cielo sin estrellas, indicaba el lugar. El

camino comenzaba a ser reconocible.

Llegué por fin, haciéndome sentir, haciendo ruido para no asustar al anfitrión de la hoguera. Distinguí su figura; era una sombra. Acerqué lentamente mi voz para avisarle. No me oía, aunque el silencio era tremebundo. No se giró para verme llegar, como si intuyera quien era yo, como si estuviera esperándome. Dijo mi nombre al fuego, y me asusté. Le rodeé hasta que la luz de la lumbre me permitió reconocerle. Su aspecto era el de un hombre que ha vivido una vida que ha elegido a pesar y a sabiendas de las consecuencias. No pude decirle nada, mi garganta estaba rota. Mi hermano miraba al cielo quedando contemplativamente absorto en su finitud. No era el joven que yo había conocido en mi infancia. Todo en su aspecto, sus manos, su mirada, sus labios, la manera de gesticular..., había cambiado; no sé si para siempre. En esta postura, escuché de sus labios palabras susurradas, aunque me hubiera gustado no lograr entender lo que dijo:

...dicen que no hay noche sin estrellas, pero hoy en día parece que se han fugado todas; yo tampoco querría ver cómo todo esto acaba desde tan privilegiada perspectiva...

Y se sumió en un silencio horrible. Entonces comprendí al Cuco, vivía como vivía por y de aquella visión de la vida. Yo no sé a qué se refería entonces mi hermano, pero es que el tiempo no sabe guardar un secreto.

FIN